

T. N. HAWKE

*Seducida por su*

**LOBO**



**LOS LOBOS DE GREEN VALLEY #2**



**SEDUCIDA POR SU LOBO**

---

**LOS LOBOS DE GREEN VALLEY #1**

**T. N. HAWKE**

## ÍNDICE

1. [Sobre este libro](#)
2. [Agradecimientos](#)
3. [Capítulo 1: Natalie](#)
4. [Capítulo 2: Ewan](#)
5. [Capítulo 3: Natalie](#)
6. [Capítulo 4: Ewan](#)
7. [Capítulo 5: Natalie](#)
8. [Capítulo 6: Epílogo I: Natalie](#)
9. [Capítulo 7: Epílogo II: Duncan](#)
10. [Sobre la autora: descubre más de esta saga y otros de sus libros.](#)



## Sobre este libro

**Copyright © del libro:** Marta Guinart Tamarit. Primera edición a través de Amazon KDP, 2019.

Todos los derechos reservados.

**Copyright © de la portada:** imágenes cortesía de Pixabay. Editada y arreglada por Marta Guinart Tamarit.

Imágenes del interior cortesía de Pixabay. Licencia gratuita sin necesidad de dar créditos para uso comercial.

Este libro está protegido por la Ley de Derechos de autor.

Por favor, no practiques, colabores o promociones la piratería. Respeta a la autora del libro y lee sus trabajos de manera legal, colaborando de esa manera a que ella pueda continuar escribiendo.

La piratería mata cualquier tipo de arte. Y los artistas y escritores tristemente no nos alimentamos de aire.

Si lees el libro, hazlo a través de Amazon. Es exclusivo de esa plataforma por decisión de la autora. Si lo has descargado de otro sitio, entonces se trata de una descarga ilegal. Por favor, evita estos lugares. Los autores dedicamos mucho tiempo y esfuerzo y merecemos que se respete nuestro trabajo.

A nadie le gusta que le roben.

Si estás leyendo este libro a través de Amazon: ¡muchas gracias por tu apoyo! Espero que lo disfrutes y que te haga pasar un buen rato.

Este libro es pura ficción. Cualquier coincidencia con nombres, lugares, o hechos, es totalmente arbitraria.



# Agradecimientos

A todos los lectores que leéis este libro tras haberlo comprado o a través de Kindle Unlimited o la Biblioteca de Amazon: ¡gracias!

Sois el motivo por el continuo escribiendo.



*Para mi madre.  
Gracias por todo tu apoyo y dedicación.  
Te quiero.  
Tu Tita.*



**Natalie**

En cuanto veo Green Valley aparecer tras una curva de la carretera en el horizonte, tan bello y tan mágico, no puedo dejar de sonreír.

Siento que el destino me ha traído hasta aquí.

La ventanilla del autobús está sucia por la lluvia y el polvo, pero aun así la vista de la ciudad blanca a los pies del lago es magnífica.

Desde que vine aquí un verano a visitar a mis abuelos antes de que éstos murieran, cuando yo tenía nueve años, no he podido dejar de soñar con el valle y sus bosques y prados.

Con su pintoresca ciudad de hermosos edificios y parques llenos de cipreses, coníferas y flores.

El lugar me pareció un sueño hecho realidad. Como si hubiera sido sacado de una película o de las páginas de un cuento de hadas, y me robó el corazón siendo niña.

Y, ahora, siendo adulta, a mis veintinueve años de edad, siento que lo hace de nuevo.

Abro la ventanilla del bus sin poder evitarlo y asomo la cabeza por el hueco, sintiendo el aire fresco primaveral sobre mi rostro. La estación pronto dejará paso al verano y ya se nota el cambio en el aire y en el ambiente.

—Señora, cierre la ventana. —El conductor es un hombre algo huraño que no ha dejado de fruncir el ceño durante todo el viaje, pero a mí no me importa.

Me siento llena de tanta vida.

Nada puede arruinar este momento.

Cierro la ventanilla con un suspiro no queriendo meterme en líos pero sin perder el buen ánimo.

Soy la única pasajera en el autobús, pero la carretera ha estado repleta de

coches que van en dirección a Green Valley desde que hemos entrado en la autovía, y no me extraña.

El valle es simplemente tan bello que no puedo imaginar cómo no elegirlo como destino turístico. O, en mi caso, como hogar.

—¿Tardaremos mucho? —No puedo evitar preguntar.

El conductor resopla y refunfuña entre dientes y yo decido ignorarlo de nuevo.

Me siento como una niña de nueve años otra vez y, aunque me duele que mis abuelos ya no estén presentes para recogerme en la estación de autobuses como hicieron aquella vez hace más de veinte años, no puedo evitar una sonrisa nostálgica al recordarlos.

Sé que ellos hubieran estado felices por mí.

Mi móvil escoge ese preciso momento para sonar.

Debemos de haber cruzado ya la parte más densa del bosque, porque vuelvo a tener cobertura, y veo que, aparte de la llamada en curso, tengo un mensaje en el que me vienen listadas otras seis. Todas del mismo remitente.

—Papá. —Saludo nada más descolgar el teléfono.

Mi padre, Richard, se salta el saludo para empezar a quejarse de lo preocupado que ha estado cuando no le he cogido las llamadas y dice haber estado una hora llamándome pensando que me había pasado algo, y yo pongo los ojos en blanco con exasperación y cariño a partes iguales.

El mensaje de texto decía que las llamadas se habían realizado en un periodo de menos de diez minutos atrás, pero a papá siempre le ha gustado exagerar.

Y eso a pesar de que ya le dije que no iba a tener cobertura durante esta parte del trayecto hasta que llegase a la casa que he alquilado a las afueras de la ciudad, cerca del bosque. Pero con papá no hay quien gane.

Me encojo de hombros y lo dejo hablar, sabiendo que necesita un buen rato para desahogarse y dejar de quejarse, y vuelvo a mirar por la ventana sin poder evitar una sonrisa de alegría al ver lo cerca que estoy de cumplir mi sueño.

Tantos años de lucha han valido la pena solo por este momento.

A pesar de mi excitación, mi corazón se llena de paz cuando veo las verdes colinas y montañas que rodean Green Valley y que le dan su nombre.

Es el lugar perfecto para mí. Siempre lo he sabido.

—¿Ya estás en la casa?

Presto de nuevo atención a mi padre cuando deja de quejarse y empieza a preguntar sobre mi bienestar, como siempre hace.

—Aún tardaré un poco. Pero estamos llegando a la ciudad.

—¿Aún estás en el autobús? —Papá suena sorprendido.

—Sí, papá. Ya te dije que era un trayecto largo.

—Bueno, vale. Pero ten cuidado y llámame en cuanto estés instalada en la casa, ¿me oyes?

—Tranquilo. Lo haré.

Sé que tiene que volver al trabajo porque puedo oír la voz de su jefe, mi tío Eamon, llamándole desde la parte delantera del garaje en el que trabajan y preguntando por mí.

Sonrío cuando imagino su cara de rasgos duros frunciéndole el ceño al su hermano mayor y haciéndole gestos rudos que mi tío seguramente responderá con los suyos propios como suelen hacer. Son como críos.

Siempre se han querido mucho pero su manera de demostrarlo sube a mi madre por las paredes de la exasperación.

A mí, en cambio, siempre me ha hecho gracia lo niños que pueden ser y espero que nunca cambien.

—Tu madre dice que la llames también. —Dice mi padre interrumpiendo mis pensamientos. —Y que no hables con desconocidos.

—Lo sé. Ahora lo hago. Y no te preocupes, que no soy una niña, papá.

—Y tu tío que no te metas en líos y que llames inmediatamente si pasa cualquier cosa. —Continúa él haciendo caso omiso a mis palabras. —Y que te quiere mucho.

Oigo a mi tío resoplar al fondo de la habitación quejándose sobre algo y sé que en realidad él no ha dicho nada y es mi padre, como siempre, el que pone palabras en su boca que él mismo quiere decir pero no sabe cómo sin parecer blando.

Lo hacen de manera mutua todo el tiempo: «tu tío dice esto» o «tu padre dice esto» siempre es una traducción para «yo quiero decirte esto pero estoy

avergonzado porque es muy sentimental así que no lo voy a admitir».

Los dos son tal para cual.

—Yo también os quiero. —Me río y niego con la cabeza como siempre hago.

Es algo que nunca puedo evitar. Escuchar sus juegos de palabras siempre me hace reír. Ellos saben que yo sé por qué lo hacen pero aun así son incapaces de ser honestos con sus emociones.

Escucho a mi tío y a mi padre pelear por el móvil y a mi tío gritar mientras intenta quitárselo a mi padre de las manos: «lo de que te quiero es verdad nena, pero no hagas caso al resto de lo que ha dicho el viejo carcamal y diviértete», y a mi padre decirle que se calle y gruñirle que deje su teléfono en paz, y suelto una carcajada.

Nunca cambiarán.

El pensamiento me llena de calidez.

Los voy a echar de menos. Pero me consuela el saber que no están tan lejos.

Solo a tres horas y poco de viaje en bus, y menos todavía en coche.

A mis padres no les ha gustado que decidiera venir en autobús, pero yo me sentía incapaz de esperar al fin de semana a que ellos estuvieran libres antes de conocer mi nuevo hogar.

Y también sé que necesito tiempo para estar a solas conmigo misma. Para respirar algo de la paz del lugar en mi interior y decidir qué quiero hacer primero con mi vida ahora que la nube negra del cáncer ya no me persigue.

Siempre me he sentido cómoda con la soledad, aunque de vez en cuando necesite estar rodeada de personas a las que quiero y aprecio o un oído que me escuche o alguien en quien apoyarme; esos pequeños momentos de confort, de tranquilidad, en los que solo estoy yo y mi taza de té y un buen libro o una película, tumbada en el sofá o en mi butaca favorita, son preciados para mí.

Pequeños oasis de paz en una vida que hasta ahora era caótica e impredecible. Siempre con una nube negra en el horizonte.

—Os quiero. —Les digo de nuevo sintiendo la emoción crecer en mi pecho y llenarme de calidez y afecto por mi familia.

—Y yo a ti, mi pequeña. —Mi padre carraspea. Su voz está tan llena de emoción como la mía y yo sé que, aunque le cueste abrir su corazón, yo soy una parte importante de él. Tanto como él lo es para mí. —Cuídate mucho.

—Y no hables con extraños. —Digo imitando su tono de voz.

Quiero bromear con él sobre su sobreprotección como siempre hago pero mi tono de voz es mucho más dulce y nostálgico de lo que pretendía y ambos acabamos pegados al teléfono y en silencio.

Sé que él está pensando en lo asustado que está de que yo esté viviendo sola por primera vez desde mis escasos años de universidad y quiero tranquilizarlo, decirle que todo va a ir bien, pero sé que eso no hará mucha diferencia para mi padre.

Richard Hanson es un hombre sobreprotector que se preocupa demasiado por la escasa gente a la que ama. Un hombre que ama con todas las fibras de su enorme y tímido corazón y que no puede evitar querer tenernos a todos cerca y a salvo.

Me embarga un sentimiento de ternura por mi padre. Se está haciendo mayor y sé que me va a echar mucho de menos a pesar de que mi hermano vive solo a unas manzanas de su casa y les visita regularmente.

Mi padre es el tipo de persona que necesita tener a toda su gente importante a su alrededor y que le hace sentir mejor tenernos a todos cerca.

Mi tío vive en la casa de al lado a la de mis padres y mi tía en el mismo barrio y a mi padre le gusta saber de todo el mundo al menos una vez por semana y tenernos a todos en casa todos los domingos, y sé que a mí también me va a costar hacer tal cambio en mi vida: pasar de estar rodeada de mi familia a estar en un lugar en el que no conozco a nadie.

Pero también sé que necesito el espacio.

Necesito esto.

Y él también lo sabe.

—Bueno. —Dice él bruscamente aclarándose la garganta, y a mí se me encoge el corazón al pensar que posiblemente está aguantándose las lágrimas. El pensamiento me hace querer llorar a mí también. —Te quiero, ¿vale? Ya me llamas luego.

—Claro que sí papá. Hasta luego.

—Hasta luego.

Cuando la llamada se acaba, suelto un suspiro y guardo el teléfono en el bolsillo de mi falda.

Me duele hacerle daño sin querer, pero soy tan obstinada como él y sé que mi sueño está aquí, en Green Valley.

Un pedazo de mi corazón se quedó aquí la primera vez que vine. No he dejado de soñar con el lugar y ese sueño me ha mantenido con esperanza y con vida durante los momentos más duros de mi vida.

En cuanto me dieron el alta definitiva hace ocho meses, mi primera decisión fue que quería usar mis pocos ahorros para alquilarme una casa y mudarme a vivir aquí, y hoy por fin estoy cumpliendo ese sueño.

Me muevo inquieta sobre el asiento. Ya hemos entrado en la ciudad propiamente dicha y las pintorescas calles de Green Valley, dignas de ser immortalizadas en pintura (cosa que pienso empezar a hacer en cuanto esté instalada), roban mi atención y mi aliento.

Las fachadas de sus edificios están adornadas con flores y viñas, columnas y tallas, y, desde la primera vez que lo vi, supe que este lugar podía competir (y ganar) contra cualquier ciudad o pueblo de la vieja Europa.

Esta ciudad, donde más de la mitad de sus ciudadanos son Cambiantes y que ha sido reconocida como ciudad autónoma con sus propias Leyes y gobierno dentro del país de Canadá, es tan única y tiene tanta personalidad y peso histórico para mí como cualquier otra maravilla del mundo.

Varios de mis mejores recuerdos están aquí: entre los brazos de mi abuela acurrucada en una mecedora mientras ella, astróloga de profesión durante muchos años antes de retirarse y siempre con el corazón enredado en el cielo y sus estrellas, me nombraba y contaba la historia detrás de todas las estrellas que era capaz de recordar a sus ochenta años de edad.

En las manos de mi abuelo y los columpios que construía para mí con la madera de los árboles caídos de su jardín.

Me duele que la vieja casa en la que ellos vivieron los últimos años de su vida ya no sea propiedad de mi familia, pero comprendo que mi padre y mis tíos nunca han podido permitirse mantener el lugar, especialmente cuando no tenían tiempo para venir ni siquiera en verano por sus trabajos, y cuando además les hacía falta el dinero de la venta.

La casa estaba situada cerca del territorio de la manada de Lobos Cambiantes, no muy lejos de donde yo voy a instalarme, y parte de mí quiere ir a verla y comprobar que todavía sigue en pie y que aún sigue siendo amada y

cuidada por sus nuevos propietarios, pero pospongo el impulso para cuando esté lista para ello.

Lo primero es llamar a mi madre, cosa que hago y, tras hablar con ella y con mi hermano, que está de visita en su casa, y contarles cómo ha ido mi viaje y prometerles que los llamaré más tarde, me doy cuenta de que estamos llegando a la estación de autobús y me recorre una nueva oleada de nervios, optimismo, y entusiasmo.

Recojo mis maletas una vez hemos aparcado y llamo a un taxi tras despedirme del huraño conductor, que me sorprende sonriéndome con afabilidad y ayudándome a llevar las maletas hasta la entrada.

Sin poder evitar sonreír como una tonta por ese gesto de amabilidad inesperado, me subo en el taxi agitando la mano y deseándole un buen día a mi conductor de autobús, que se presenta y se despide en la misma frase como John Malcolm y se aleja de vuelta al edificio central de la estación con la cara y las orejas rojas como un tomate.

*Qué mono*, pienso mientras sonrío.

—Buenos días señorita, soy Beth. ¿Adónde quiere que la lleve?

Mi taxista es agradable y, una vez le doy la dirección y le comento que he llegado a Green Valley para instalarme, me habla de los mejores locales, restaurantes y lugares de la ciudad y nos pasamos los quince minutos de trayecto conversando animadamente.

—Así que vas a vivir cerca del territorio de los Wolf, ¿eh? —Dice tuteándome después de que yo le haya pedido que lo haga. —Buenos machos, esos. Aunque un poco solitarios, pero los Lobos en general tienden a serlo. No como nosotros los Renos, que somos mucho más sociables.

Ni siquiera me había dado cuenta de que Beth era una Cambiante. Me invade la excitación. No he conocido a muchos en Edmonton, ya que suelen preferir vivir a las afueras o en ciudades más pequeñas como esta.

Siento un poco de ansiedad porque no quiero meter la pata y decir algo tonto que la ofenda.

Me gusta la mujer y lo amable y cordial que es y sé que necesito amigos y que ella podría serlo.

Parece tan agradable.

—¿Sabes si hay algún supermercado cerca? —Le pregunto.

Voy a necesitar llenar la despensa y la nevera una vez me haya asegurado de que todo está en orden en la casa que he alquilado.

—A unos diez minutos en coche hay uno de esos sitios que están abiertos las veinticuatro horas, pero son más caros que los supermercados normales así que te aconsejaría ir a la ciudad si necesitas comprar mucho.

Yo suspiro. Voy a tener que hacerme con algún medio de transporte. Mi bicicleta, que llegará mañana por la tarde con el resto de mis cosas en el camión de la mudanza, no va a ser suficiente.

—¿Sabes si llevan compra online a casa? —Le pregunto con esperanza. —Lo siento, estoy haciendo muchas preguntas.

Ella me sonrío con gentileza.

—No te preocupes, chiquilla, haz las preguntas que necesites. Y ahora que lo pienso, creo que sí.

Sienta bien que te llamen chiquilla cuando tienes veintinueve años y estás a punto de cumplir los treinta, pienso con diversión.

Beth debe tener unos sesenta, aunque es difícil saberlo con los Cambiantes, ya que suelen envejecer más lentamente que el resto de los humanos.

—Si quieres puedo pedirle a mi hijo Zain que te acerque.

Yo me ruborizo. Beth tiene ese brillo en los ojos que reconozco porque lo he visto en los ojos de mi madre cuando ha intentado emparejarme con el hijo de alguna amiga suya.

—No te preocupes, no quisiera molestar.

Ella hace un ademán con la mano restándole importancia a mis palabras.

—No molestas. Mi chico necesita mover el culo más a menudo. —Dice ella en un tono admonitorio que sé que no va dirigido a mí, sino a su hijo. —Tiene veintiocho y trabaja sentado frente a su ordenador en una de esas cosas online así que no sale mucho de casa, pero es un buen chico.

Yo me siento aún más incómoda.

No podría haber hecho más evidente que le gusto lo suficiente como para intentar emparejarme con su hijo, cosa que me halaga pero también me pone nerviosa.



No he salido con nadie jamás. No en serio.

Oh, tuve uno de esos «novios» con los que te agarrabas de las manos y te dabas besos con lengua como si fuera el colmo de la madurez cuando tenía trece años, pero poco más desde entonces.

Perdí mi virginidad a los diecisiete cuando estaba de fiesta en casa de una amiga con un chico al que no volví a ver nunca y me arrepentí de inmediato. No solo porque fue incómodo y doloroso, sino porque además el chico no tenía ninguna significancia para mí más allá del hecho de que era atractivo y besaba bien, y yo me sentí fatal conmigo misma porque descubrí, tras el acto, que eso no era lo que yo quería a pesar de que yo misma insistí en lo contrario.

Había querido encajar con mi nuevo grupo de «amigas».

Durante días no pude dejar de llorar por mi propia estupidez. Por haber sido impulsiva y haber querido ser «guay» y «sexy» y haber insistido en subirme al carro al que algunas de mis nuevas compañeras de clase se habían subido ya: el de hablar de sexo como si fueras una experta en ello.

El de ser popular.

Fui estúpida y cruel conmigo misma, y esa fue mi última experiencia íntima con el género masculino.

Y no es que haya tenido experiencia con el femenino a parte de un beso incómodo compartido con la amiga de una amiga por un reto, tras el cual descubrí que eso tampoco era lo mío.

Con los años, he aprendido a estar a gusto conmigo misma y a no forzarme a hacer cosas que me hacen infeliz solo por encajar en un grupo de gente al que en el fondo ni siquiera le importaba yo como persona.

Es una lección de madurez que me costó aprender.

Mi corazón empieza a palpar como loco en mi pecho y siento mi rubor exacerbarse.

Estoy nerviosa.

Mi buen humor se apaga poco a poco.

Beth debe notarlo porque cambia de tema y me asegura que está segura de que alguno de los supermercados hará venta online y que no tengo que preocuparme por nada, y yo me siento aún más avergonzada por no haber

sabido cómo rechazar su insistencia de manera cordial y sin sentirme molesta.

Ojalá fuera una de esas mujeres elegantes y siempre dueñas de sí mismas que saben cómo responder a cualquier situación social y decir que no sin ofender a nadie, pero esa, por desgracia, no soy yo.

—Ya hemos llegado.

Casi suelto un suspiro de alivio.

Miro por la ventana del coche al que será mi nuevo hogar y sonrío de nuevo recuperando poco a poco mi buen ánimo.

Es tan bonita.

La casa es pequeña. Solo tiene un baño y dos dormitorios, todos ellos en la planta de arriba.

Es estrecha y alargada y tiene dos chimeneas que sobresalen por su tejado de tejas azules, y sus paredes blancas están un poco amarilleadas y les falta una buena mano de pintura, pero a mí me parece perfecta.

Es como en un cuento de hadas.

Admiro el detalle de la madera tallada que rodea las ventanas, cuyas contraventanas están pintadas del mismo tono azul que el tejado, mientras me despido y le doy las gracias a Beth por el viaje y por su amabilidad.

Ella me da su número de teléfono y me dice que la llame si necesito algo y yo siento calidez en mi pecho por haber hecho una nueva amiga y asiento, sonriente, mientras la Cambiante se mete de vuelta en el coche y se aleja camino abajo de vuelta a la ciudad.

Una vez su coche desaparece tras un recodo, me quedo a solas con mi nuevo hogar y con mis tres maletas.

Una contiene todas mis herramientas de pintura y mi caballete plegable, y las otras toda mi ropa y mis enseres necesarios y favoritos: mis dos tazas de té preferidas; algunas cajas llenas de bolsas de té y rooibos; mis cosméticos y brochas de maquillaje; algunos de mis libros predilectos; mi portátil,... todo aquello de lo que he sido incapaz de prescindir el tiempo suficiente como para esperar a que llegase el camión de la mudanza.

Lo primero que quiero hacer es entrar y echar un vistazo al interior.

Ver si todo es tan bello como en las fotografías.

Y luego colocar mis cosas en la casa. Hacerla mía, aunque sea solo de

alquiler.

Me gusta estar rodeada de los objetos que me dan tranquilidad y me inspiran paz.

Caminando con ilusión, saco la llave que recibí por correo un par de días atrás y abro la puerta pintada de azul.

Contengo el aliento cuando doy un paso al frente y siento la madera desgastada del suelo bajo las suelas de mis botas. Y entonces tengo ganas de echarme a bailar como una loca. Dando vueltas por todo el lugar y tocando cada superficie. Sintiendo cada rincón y mueble del lugar bajo las yemas de mis dedos.

Así que eso es lo que hago.

Con un quedo grito de emoción, me abalanzo en el interior de mi nuevo y maravilloso hogar y salto y bailo observando cada recoveco con ojos ilusionados.

Es perfecta.

La planta baja es un espacio abierto con grandes ventanales en la parte trasera, cerca de la cocina y de la mesa de comedor, que miran hacia el frondoso jardín. El pequeño salón está situado frente a la chimenea de piedra azulada y todo el interior está pintado de blanco y adornado con muebles de madera natural. Rústico y bello.

Las escaleras que llevan a la parte de arriba son estrechas y crujen bajo mis pies. Sus peldaños están desgastados, vividos, y yo bailo en ellos y me agarro al pasamanos y suelto una carcajada cuando casi me resbalo, decidiendo subir con más cuidado desde ese momento.

La planta de arriba tiene un pequeño pasillo pintado de amarillo. Una puerta a la derecha da a un pequeño dormitorio con un escritorio, una cama, una mesita y un estrecho armario, todo ello en muebles pintados de amarillo pálido y paredes blancas.

La puerta del centro resulta ser el baño, con una ventana que mira al jardín oculta tras un visillo de encaje amarilleado por el tiempo, una enorme bañera con patas que tengo unas ganas inmensas de probar (no por nada compré bombas de baño de esas que hacen espumas y tienen aceites esenciales y flores en su interior en cuanto vi las fotos), una pila con un solo lavabo y el váter oculto tras un murete.

Y la puerta del final es el dormitorio principal, lo suficientemente grande como para que quepa una cama de matrimonio, un armario doble y un par de mesitas junto a un tocador situado frente a la ventana, y que se pueda pasar de un lugar a otro sin chocarse demasiado contra los muebles y paredes.

Eso es todo. Pero no necesito más para mí sola.

Ya casi me siento como en casa. Mi corazón me dice que este es mi lugar.

Bajo de nuevo las escaleras intentando contener mis ganas de dar saltos y entro las maletas a la planta baja procurando que sus ruedas llenas de tierra no manchen mucho del suelo.

Y luego vuelvo a mirar a mi alrededor, todavía sintiendo la ilusión y la alegría en cada poro de mi cuerpo, como si hubiesen fuegos artificiales estallando en mi pecho.

No es hasta que me asomo por las puertas de cristal que hay al otro lado de la mesa de comedor que me doy cuenta de que hay algo tirado en mitad del jardín.

O, más concretamente, *alguien*.

Me doy cuenta de que se trata de una persona en cuanto veo la inmensa forma, porque ningún animal podría tener ese tamaño.

Los fuegos artificiales se apagan y son sustituidos por preocupación y por una emoción que se extiende desde mi corazón hasta el resto de mí y que no reconozco.

Tengo el extraño pensamiento de que el Lobo que estoy viendo es *mío* y un sentimiento posesivo que nunca había experimentado con anterioridad se apodera de mí a la par que mis pies empiezan a moverse hacia él con preocupación sin ni siquiera ser consciente de mis actos.

No es hasta que estoy arrodillada junto a la inconsciente y sangrante forma del inmenso Lobo gris que hay tirado en mitad de mi nuevo jardín que me doy cuenta de lo que hago. Y no me detengo a pensar hasta que tengo mis manos hundidas en su áspero pelaje buscando heridas con un frenesí que no es propio de mí, como si una parte de mí conociera a este Lobo y su vida fuera para mí tan relevante, o más, de lo que lo es la mía.

Noto a través de una bruma de confusión que hay lágrimas en mis mejillas y que mi corazón late desbocado por el pánico en mi pecho y que estoy balbuceando cosas sin sentido.

Pidiéndole que abra los ojos y me diga algo.

No sé por qué me comporto de esta manera.

Es como si mi alma se desgarrara al pensar en él estando herido. Al verlo así.

Tengo claro que no es un lobo normal.

Tengo claro que él es mío.

Que lo he estado esperando toda mi vida. Y él a mí.

Que nos pertenecemos el uno al otro.

Y que el destino me ha traído hasta aquí.

Cuando mi Lobo abre los ojos y los clava fijamente en los míos, lo primero que me viene a la mente son las palabras «Alma Gemela».

Y lo que más me asusta es que todos esos pensamientos parecen normales. Como si siempre hubieran estado ahí. Adormecidos y esperando su momento para salir a la luz.

Respiro entrecortadamente y lo veo volver a cerrar los ojos perdiendo la conciencia y siento que mi corazón va a estallar de pánico de un momento a otro.

Con mis manos temblando y mis ojos nublados, cojo el teléfono móvil y marco el número de Beth sin saber qué más hacer.

Suena dos veces antes de que la mujer Cambiante de Reno lo coja y son los dos segundos más eternos que he pasado jamás. Tengo más miedo del que he tenido nunca. Ni siquiera me había sentido así durante mis años ingresada en el hospital día sí y día también sin saber si iba a sobrevivir o no.

—Beth. —Me apresuro a decir una vez ella descuelga antes de dejarla hablar. —¿Crees en las Almas Gemelas?

Estoy en pánico. Ni siquiera sé qué es lo que estoy diciendo.

—Por supuesto que sí, chiquilla. ¿Qué es lo que pasa? ¿Estás bien?

La voz de Beth suena preocupada.

—Creo que he encontrado al mío. Y necesita ayuda.



## 2

### Ewan

Soy un imbécil.

Es lo primero que me viene a la cabeza en cuanto abro los ojos.

Eso, y que no siento dolor alguno a pesar del golpe que me he llevado. Cierro los ojos de nuevo cuando la luz del sol me da directamente en ellos y me ciega con un pinchazo de dolor.

Recuerdo haber caído acantilado abajo y haberme arrastrado hasta los límites del territorio de la manada medio inconsciente, pero a partir de ahí poco más puedo poner en claro.

A la mente me viene la imagen de unos grandes ojos preocupados y llenos de lágrimas definitivamente femeninos y siento tanto mi parte humana como mi Lobo retorcerse en agonía y culpabilidad y la súbita necesidad de hacer a ese alguien feliz, y durante unos instantes estoy confundido.

Joder. Ese golpe debe de haber sido peor de lo que recuerdo.

Eso me pasa por echar a correr en terreno inestable.

Sabía que esa parte de la montaña estaba llena de tierra y rocas sueltas tras las tormentas que ha habido estos días atrás, pero fui un imbécil e hice caso omiso de las advertencias sobre los deslizamientos de tierra que ha habido en esa zona y de la orden de mi hermano Liam de no acercarme hasta la montaña hasta que hubiera pasado el peligro.

Estaba siguiendo el rastro del tío Sorren. Últimamente no puedo dejar de pensar en el pobre viejo, no sé por qué.

Liam me va a dar una buena tunda en cuanto se entere. O, peor aún, una de sus charlas paternales, a las que ahora que va a ser padre y está Emparejado les ha cogido el gusto.

Lo prefería cuando era más violento y menos dado a rezongar sobre nuestra estupidez durante horas.

Me siento culpable al pensar así y gruño enfadado conmigo mismo.

Eso no es cierto.

Me alegra ver a mi hermano mayor feliz, pero a veces puede llegar a ser tal grano en el culo.

Juro que no se da cuenta de que somos adultos. El ser el Alfa y el mayor se le ha subido a la cabeza.

Abro los ojos de nuevo y me enfoco en mirar a mi alrededor ahora que están mejor adaptados a la luz.

Estoy en un lugar extraño.

Debe de ser el interior de la casa de los Kent, que se mudaron el año pasado y he oído que habían puesto en alquiler, porque me acuerdo de que su jardín es el último lugar que había visto antes de caer agotado en un sueño de sanación.

La mayoría de mis huesos ya se han reparado y la brecha de mi cabeza está casi curada, pero sé que voy a pasar un par de días incómodos hasta que me recupere de la pérdida de sangre. Así que nada de correr por el bosque hasta entonces.

También recuerdo que me tumbé a dormir en el viejo jardín abandonado y no en el interior de la casa.

No tengo ni puta idea de cómo he llegado hasta aquí ni de quién ha sido capaz de arrastrar mi considerable peso muerto desde el jardín hasta el interior del lugar.

La imagen de un rostro femenino borroso aparece otra vez en mi mente y me escucho emitir un gemido ronco de necesidad.

Aún estoy en forma de Lobo.

Parpadeo intentando concentrarme.

Cuando me escondí entre los matorrales de los Kent calculé que tardaría unas diez horas en sanar lo suficiente como para poder despertar, pero, cuando observo la intensidad de la luz del sol, deduzco que deben haber pasado no más de cuatro.

Girando la cabeza lentamente, veo que hay una vía IV de fluidos insertada en una de mis patas y equipo médico a mi alrededor. Reconozco los productos



porque son los mismos que Caidan, mi segundo hermano mayor, ha usado para ayudarme a acelerar mi sanación cuando me he metido en un lío.

Así que ese es el motivo de que esté sanando más rápido, tiene sentido.

Pero Caidan no está en la habitación.

¿Es posible que mi hermano me haya encontrado?

¿Y quién es la chica con la que no dejo de soñar?

Emito un gruñido involuntario cuando pienso de nuevo en ella. Tengo el impulso de levantarme e ir a buscarla, y es tan urgente que casi me lanzo a ello, pero me detengo antes de levantarme cuando mi pata trasera da un pinchazo particularmente desagradable.

Al caer montaña abajo sé que me rompí una de las patas traseras, varias costillas, y la cabeza, y aún tengo sangre en mis fosas nasales y en mi boca que me impiden oler nada, y un Lobo sin su olfato es peor que un Lobo ciego. Nuestro olfato es nuestro sentido más intenso, el que nos guía y nos advierte del peligro.

Me apresuro a resoplar todo lo fuerte que puedo para limpiar mis conductos y gruño enfadado conmigo mismo cuando eso me mareo. Así que la contusión cerebral debe ser peor de lo que yo imaginaba si aún no está sanada del todo.

Esperaba que mis huesos fuesen lo más difícil de reparar, así como cualquier órgano interno que hubiese estado dañado, no mi cerebro. Tener la mente como si estuviese llena de algodón y no poder pensar con claridad me irrita.

Pienso en volver a Cambiar a humano pero las continuas advertencias y lecciones de Caidan me vienen a la mente. Hacerlo sería peligroso hasta que haya sanado algo más. Mis huesos podrían no alinearse como deben y sería peor que ahora.

Oigo a alguien entrar por la puerta principal y me maldigo. Ni siquiera había sentido que había más gente a mi alrededor.

De pronto, todo rastro de dolor o confusión desaparece.

*Ella es mía.*

No puedo apartar mis ojos de ella.

Veo su rostro con claridad. Sus grandes ojos impresionados, su cara llena de pecas, su pelo rizado y su cuerpo cubierto por un vestido amarillo veraniego y una fina chaqueta de punto.

Sé que hay alguien más junto a ella.

Dos personas.

Una hembra de Reno que me resulta familiar por su olor y mi hermano Liam, que debe ser quién ha traído el equipo médico consigo, pero mis sentidos no registran de manera consciente a nada ni nadie que no sea ella.

Estoy hipnotizado por su belleza.

Por la curva de sus caderas. Por la forma ovalada de su rostro. Sus labios pequeños y delicados. Sus grandes ojos oscuros.

Es la mujer más hermosa que existe.

La más bella. La más deseable.

Y es mía.

*Mi Compañera.*

Su olor es tan perfecto como ella: dulce, suave, como a vainilla y a té y a esas cosas a las que nunca les he cogido el gusto pero que ahora no podría dejar de saborear porque son parte del aroma de *ella*. Quiero lamerla. Quiero ver si los jugos de su sexo, abierto y excitado para mí, para mi boca, son tan deliciosos como los imagino.

Quiero hundirme en ella y llenarla de mí hasta que mi semilla hinche su vientre y gotee por sus muslos; hasta derramarme por completo, cada gota, en su cálido y húmedo interior.

Quiero marcarla como mía.

Ni siquiera me doy cuenta de que he intentado ponerme en pie hasta que caigo de nuevo al suelo cuando mi pata rota me falla.

Escucho a Liam maldecir y llamarme gilipollas, pero no me importa. El Alfa es irrelevante en esos momentos.

Necesito a mi Compañera.

La necesito cerca de mí.

La necesito *debajo* de mí, desnuda, retorciéndose de placer y gimiendo mi nombre. Y lo necesito *ya*.

Suelto un rugido de frustración cuando los fuertes brazos de mi hermano mayor me obligan a tumbarme de nuevo y me inmovilizan e intento morderlo con saña de manera instintiva, lleno de rabia e ira por el hecho de que se esté

interponiendo entre mi Compañera Predestinada y yo.

No puedo pensar con claridad.

No puedo controlarme.

En lo único que puedo pensar es en ella.

Siento una aguja clavarse en mi costado y veo que Caidan ha entrado en la casa cargando más equipo médico consigo mientras yo luchaba contra el agarre de Liam.

—¡Ponle el maldito sedante ya! —El tono de Liam es uno de cabreo monumental, pero me importa una mierda todo.

Intento ladear la cabeza para morder a Caidan y suelto un gruñido amenazador que jamás me habría imaginado soltándole a uno de mis hermanos.

Es un rugido de reto, y veo a Caidan tensarse y escucho a Liam responder con un rugido propio pero, a diferencia de otras veces, el sonido del Alfa de mi manada exigiéndome sumisión no tiene efecto en mí.

—Eso intento. —Escucho al segundo de mis hermanos decir con exasperación. —Pero no deja de moverse. ¿No puedes mantenerlo quieto?

—Eso hago, joder. —Liam rechina entre dientes con cada músculo de su cuerpo humano tenso.

Sé que soy un Lobo bastante grande y cierta parte de mí siente admiración de que mi hermano pueda contenerme estando todavía en su forma humana. No es tarea fácil contener más de trescientos kilos de animal rabioso.

Pero mi mente está demasiado perdida en mi lado primitivo como para ceder a mis impulsos racionales humanos.

La hembra de Reno se ha situado delante de mi Compañera y su actitud protectora me está tocando demasiado las narices.

Ese lugar es *mío*.

Yo soy el que debe protegerla, no ella.

Y el que quiera protegerla de mí ofende tanto a mi parte humana como a mi animal. Nunca sería capaz de hacerle daño sin importar cuánto pierda el control.

Solo quiero acercarme. Lamerla. Marcarla.

Montarla.

El hecho de que sea un Lobo en esos momentos no me importa. No se me pasa por la cabeza.

Necesito hacerla mía.

—Ya está. —Escucho a Caidan decir.

E inmediatamente empiezo a sentir la somnolencia de lo que quiera que haya usado en mí.

Mis movimientos se vuelven torpes, lentos, y siento mis párpados cerrarse contra mi voluntad y mi mente desenfocarse, mis pensamientos y deseos dispersándose como hojas al viento.

Lo último que veo antes de cerrar los ojos es a ella: la luz del sol entra por la puerta y las ventanas iluminando a mi Compañera en tonos dorados y anaranjados, como si estuviera rodeada por un haz de luz, y no puedo evitar pensar que no hay visión más hermosa en el mundo.

Tengo miedo de que al abrir los ojos desaparezca.



# 3

## Natalie

—¿Estás bien, chiquilla?

Estamos sentadas en el jardín de atrás. En cuanto el Lobo ha perdido la conciencia y los otros dos hombres han empezado a ponerle de nuevo las vías que se había arrancado, Beth me ha cogido de la mano y me ha guiado hasta una pequeña terraza con una mesa y sillas forjadas en metal blanco que yo ni siquiera sabía que existía hasta este momento.

La Cambiante parece preocupada y me pone una gran mano en el hombro como si quisiera consolarme de alguna forma pero no supiera cómo.

No me había dado cuenta de que Beth era tan alta hasta que ha bajado del coche acompañada de los dos hombres (que se han presentado como Liam y Caidan Wolf), y tengo que torcer el cuello para poder mirarla a la cara. Me saca al menos veinte centímetros de diferencia.

Le sonrío intentando transmitirle que todo está perfecto y asiento con la cabeza.

—Sí, estoy bien. —Le digo. —Muchas gracias por todo, Beth.

Ella niega con la cabeza restándole importancia y me da unas palmaditas en el hombro antes de retirar su mano.

—No te preocupes. No hay nada que agradecer. —Me dice con amabilidad. —¿Seguro que estás bien?

Me mira de manera inquisitiva, y yo me ruborizo y aparto la mirada.

La verdad es que no sé qué pensar.

Sé que lo que siento por ese Lobo no es normal.

Se me encoge el corazón el pecho cuando pienso en él. En lo herido que está.

En lo mucho que sufre.

Y tengo unas ganas tremendas de llorar.

Nunca pensé que sería capaz de enamorarme a primera vista. Y de un Lobo, nada más ni nada menos.

Estoy angustiada y al mismo tiempo tengo unas ganas histéricas de reírme de mí misma a pesar de que la situación no me hace ninguna gracia.

Al parecer, soy una especie de «Furry» y ni siquiera lo sabía.

Pero, sin embargo, no me siento para nada atraída sexualmente por el Lobo. Y al mismo tiempo sí lo hago. Es extraño.

Siento que me estoy volviendo loca de atar.

Esta situación escapa a mi comprensión.

—Beth, el Lobo... es un hombre, ¿verdad? —No sé de qué otra manera preguntar lo que quiero preguntar.

Ni siquiera sé qué es lo que quiero preguntar.

Mi mente es un huracán lleno de cuestiones, confusión y emociones que no comprendo.

*Él es mío.* Es lo que me dice mi corazón. Mi cuerpo. Mi mente.

Es *mío*.

Pero, ¿cómo puede eso ser así?

Beth asiente y me mira con seriedad antes de soltar un suspiro.

—¿Alguna vez has escuchado hablar de los Compañeros Predestinados? — Me pregunta, y yo me quedo en blanco durante unos segundos.

*Compañeros Predestinados.*

Oh.

Bueno, me digo, eso tiene cierto sentido.

Sé que debería estar asustada de que mi vida haya tomado tal rumbo inesperado, pero mi corazón se aquieta y siento una sensación de paz embargarme cuando escucho esas palabras.

Por supuesto que sé qué son los Compañeros Predestinados.

Todo el mundo lo sabe.

Y, además, las novelas románticas cuyos protagonistas son Almas Gemelas Predestinadas siempre han sido de mis favoritas.

He devorado cientos de ellas desde que las descubrí durante mis largas y horribles horas de espera en el hospital en mis días de quimioterapia, cuando la espera se hacía más horrible aún que el tratamiento en sí.

—Sí. —Le digo a Beth, que sigue esperando una respuesta.

Siento mis mejillas enrojecerse cuando me vienen a la mente pasajes de mis libros favoritos sobre el tema.

Pasajes bastante explícitos.

Me riño a mí misma por perder el hilo de la realidad. Mi mente siempre ha tenido cierta preferencia por divagar y soñar despierta.

Beth me mira con alivio y no sé por qué.

—Me alegra ver que no estás asustada, los Lobos pueden ser,... en fin. —Ella duda sobre qué decir. —Imagino que ya te haces a la idea. Son Lobos.

Yo asiento. No tengo idea de lo que me quiere decir concretamente pero tiene razón, me hago una idea general del tema.

La intensidad con la que mi Lobo (y ya pienso en él como mío, cosa que me hace ruborizar de nuevo al darme cuenta de ello) me miraba, ese fuego en sus ojos,... comprendo que podría llegar a asustar a alguien.

Pero ese alguien no soy yo a pesar de que sé que si cualquier otra persona me mirase de esa forma habría sentido el impulso de huir de su presencia a toda prisa.

Y, sin embargo, lo que tengo es ganas de volver a acercarme a él.

De enredar los dedos en el áspero pelaje de su cuello y en su pecho y sentir los latidos de su corazón contra mi mano.

De estar ahí para él mientras está herido. De cuidarle.

De protegerle, y eso es lo más raro de todo.

No soy precisamente la persona más fuerte o intimidante del mundo. Todo lo contrario, siempre he sido bastante enclenque.

Y él es un Lobo. Un Lobo enorme. Muchísimo más grande e intimidante que un animal normal, además.

Dudo que necesite de mi protección aun estando herido, pero no puedo dejar



de sentirme así.

—Crees que yo soy,... —No finalizo mis palabras.

Sé cuál es la respuesta, pero una parte de mí necesita asegurarse y oírlo en voz alta y en boca de alguien más.

Beth asiente y hace un sonido afirmativo con la garganta.

—Es innegable. —Me dice. Y yo siento esa parte de mí, siempre tan llena de dudas y tan ansiosa, calmarse y quedarse quieta. Es un alivio escuchar las palabras de confirmación de alguien más a pesar de que sabía de antemano la respuesta. —La manera en la que él ha reaccionado, el olor de sus hormonas... —La mujer hace una pausa y me mira como si estuviese considerando qué decir a continuación. —Y la manera en la que tú has reaccionado también dice mucho.

Lo dice suavemente y sé que no pretende ofender.

Yo también soy consciente de que me he comportado de manera muy... dulce, con ese Lobo.

De que no he tenido miedo ni siquiera cuando estaba claro que quería abalanzarse sobre mí.

A cualquier persona sensata le aterrorizaría que un Lobo casi tan grande como un coche decidiera intentar acercarse y, no solo eso, sino que además luchara rabiosamente contra el agarre de dos hombres que tampoco son precisamente pequeños con la evidente intención de arrojarse sobre ti reluciendo en sus ojos.

Liam y Caidan no se han introducido a sí mismos como familiares de mi Lobo (y me duele no saber aún su nombre), pero no hace falta ser una genia para sumar dos más dos.

Yo entrelazo mis dedos en mi regazo e intento controlar el impulso de volver a entrar en la casa. De comprobar con mis propios ojos que él está vivo y bien.

Mi instinto me dice que no hay de qué preocuparse, que está en buenas manos, pero mi corazón tiene otras ideas.

—Se pondrá bien, ¿verdad?

Beth me sonrío dándome ánimos y yo siento una oleada de afecto por la amable mujer.

—Por supuesto que sí, chiquilla. Hace falta mucho más que esto para tumbar a un Cambiante, y los Lobos son especialmente fuertes y resilientes.

Yo suspiro de alivio, sintiendo la tensión abandonar mis hombros. Me siento mucho más tranquila ahora que sé que él va a recuperarse.

Mi teléfono móvil escoge ese momento para sonar y me sobresalta. Ni siquiera me acordaba del aparato.

—Te dejaré sola. Llama si necesitas algo, ¿eh?

—Gracias, Beth.

La mujer me palmea la mano y pone rumbo al interior de la casa con un cabeceo de despedida y yo descuelgo y me llevo el móvil a la oreja.

—¿Por qué no has llamado? —Escucho la voz recriminadora incluso antes de poder abrir la boca para saludar. —¿No habíamos quedado en que llamarías? ¿Qué ha pasado?

Es, cómo no, mi padre.

Me muerdo los labios y pienso unos segundos en qué decirle.

Si le cuento lo del Lobo se va a poner histérico. Eso seguro. Y se presentará aquí esta misma noche. Es capaz de ello. Y mi tío, mi madre y mi hermano con él.

No me gusta mentirle, y además no se me da nada bien. No tengo la costumbre de hacerlo.

Pero siento que no me queda otro remedio.

No quiero, aunque ello suene egoísta, que intenten interponerse entre nosotros o alejarme de mi Compañero (y pensar en el Lobo como tal me hace sentir tantas cosas: excitada, feliz, avergonzada, y un poco asustada. Ni siquiera sé qué es lo que voy a hacer con mi vida ahora mismo. Solo sé que quiero que él sea parte de ella.)

Se siente tan correcto pensar en él como en mi Compañero. Cada vez que pienso en esa palabra, una parte de mí aletea con algo parecido al ardor, la ternura, y al alivio. Como si hubiese estado esperando toda mi vida para poder hacerlo.

*Compañero.*

—Papá, perdona. —Digo al fin interrumpiendo sus refunfuños. —Estoy un poco liada con tanta cosa y se me ha pasado llamarte.

Me siento fatal por *casi* mentirle. Pero no es del todo falso. Sí que he estado liada con lo de mi Lobo.

—¿Liada?

—Mucha maleta que deshacer y eso. —Me apresuro a decir. —La casa es preciosa y el jardín tiene tantas flores.

Me paso los siguientes cinco minutos hablando maravillas del lugar. En eso no tengo que fingir. Mis sentimientos de felicidad y maravilla son reales, así como la inspiración que he sentido nada más poner un pie aquí.

Uno de los motivos por los que he venido hasta Green Valley es para centrarme en mi arte.

Amo pintar y dibujar y siempre he amado dedicar mis horas a pintar acuarelas de la flora y la fauna que me rodea, y estaba cansada de tener que ir todos los días a los parques o jardines de la atestada ciudad de Edmonton a intentar encontrar un rincón de paz que nunca duraba mucho antes de ser interrumpido, o de buscar imágenes de paisajes y flores por Internet.

Quería estar rodeada de un panorama que me inspirase. Y no hay mayor inspiración para mí que la belleza y la diversidad de Green Valley.

Mi padre resopla, interrumpiendo mi retahíla sobre lo mucho que ya adoro el lugar.

—Seguro que has sacado tus bártulos de pintura y te has puesto a pintar las flores del jardín o algo así olvidándote de llamar a tu pobre viejo padre. ¿A que sí?

A mí me llena de culpabilidad el pensar en que lo he logrado engañar tan fácilmente. Papá nunca ha desconfiado de mí. Quizá porque sabe que casi nunca le miento y jamás cuando es algo importante. Ni siquiera cuando era adolescente y sabía que decir la verdad acabaría en un castigo. Como cuando me escapé para ir a la fiesta en casa de un universitario acompañada de mis amigas de instituto.

Yo sonrío sin poder evitarlo y tengo las súbitas ganas de tenerlo junto a mí para poder abrazarlo con fuerza y sentir sus fuertes brazos a mi alrededor. No importa lo mayor que se haga, para mí él siempre será sinónimo de seguridad y fuerza. De vitalidad y protección.

—Te quiero, papá. —Le digo sin poder evitar la emoción que tiñe mi voz.

—Y yo a ti. —Dice antes de carraspear y cambiar de tema. —¿Has hecho ya una buena compra? No compres solo comida instantánea y te olvides de comer sano o pierdas comidas mientras trabajas, ¿vale? Que te pasa demasiado a menudo.

Yo asiento aun siendo consciente de que no puede verme.

—Claro que no. No te preocupes. Te llamo en unos días, ¿Vale?

—Mañana. —Exige él. —O si necesitas algo. Cualquier cosa. Sabes que estoy aquí y puedo coger el coche en cualquier momento.

Me río sin poder evitarlo.

Nunca cambiará.

—Vale, papá. Tranquilo.

Nos despedimos y cuelgo el teléfono.

Todo está muy tranquilo a mi alrededor.

Escucho los sonidos de la naturaleza: los pájaros, el viento meciendo las ramas, los sonidos alegres de un riachuelo del que he visto fotos pero que aún no he podido conocer en persona y que sé que será el lugar perfecto donde pintar en su orilla u observar la naturaleza en toda su gloria e inspirarme.

Y las quedas voces de Beth y los dos hombres provenientes de la casa.

Dudando, pero aun así determinada a hacer algo para resolver esta situación o al menos saber qué es lo que esperar a continuación, me guardo el móvil en el bolsillo y camino hacia la casa.

Estoy nerviosa, pero no puedo dejar que eso me controle. Necesito estar centrada.

En cuanto lo veo todo pensamiento sobre estar enfocada en encontrar respuestas y aclarar qué es lo que está pasando abandona mi cabeza.

Está tumbado sobre el suelo, entre la cocina y la mesa (que los dos hombres han apartado y apoyado en un rincón junto a las sillas para hacerle espacio cuando lo han entrado en la casa entre los dos con ayuda de Beth), y hay sangre en su costado y en sus orificios nasales. Y sobre el suelo, que uno de los hombres está intentando limpiar.

Tengo unas ganas inmensas de echarme a llorar en cuanto lo veo así y me entra el pánico. Respiro bocanadas de aire hasta que mi corazón dejar de latir tan frenéticamente y puedo pensar de nuevo con un poco más de claridad.

—¿Qué le ha ocurrido? —Es lo primero que pregunto.

Los dos hombres se giran a mirarme. Está claro que sabían que yo estaba allí pero han esperado hasta que me calmara lo suficiente para hablar conmigo. Agradezco el que me hayan dado un poco de privacidad hasta que he podido controlarme un poco más.

—No lo sabemos, pero por las heridas yo diría que mi hermano ha estado correteando por las montañas otra vez y que debe de haberlo pillado algún deslizamiento.

El que habla es el rubio. Al que el otro ha llamado Caidan.

Ambos, tanto el moreno de ojos grises y barba de dos días como el hombre rubio de ojos azules, son increíblemente guapos. Tanto, que una estrella de Hollywood a su lado palidecería en comparación.

Pero no me roban el aliento. Ni siquiera me pongo nerviosa en su presencia o siento nada en especial cuando miro sus rostros de Adonis o sus físicos de infarto.

Nada.

Eso no me ha pasado nunca. Aunque siempre he mantenido las distancias y rara vez me he sentido atraída por alguien, eso no significa que no aprecie la belleza o que no haya tenido mis enamoramientos con algún actor o cantante o con el típico chico guaperas del instituto.

Sí los he tenido, aunque no haya sentido el impulso de actuar sobre ellos.

Pero cuando los miro a ellos nada en mí reacciona como de costumbre.

Es cuando vuelvo a mirar al Lobo tendido y sangrando en mi nuevo comedor cuando mi corazón acelera sus latidos y el aliento se me atasca en los pulmones. Cuando la ternura y el temor y el afecto me embargan y siento la necesidad de abrazarlo y de sentir su pecho subir y bajar con cada inhalación.

—Beth cree que somos Predestinados. —Suelto bruscamente, y entonces me arrepiento y me sonrojo cuando veo su reacción: de sorpresa y asombro.

Los dos hermanos de mi Compañero Predestinado me miran con seriedad antes de mirarse de reojo entre sí.

—Eso sospechábamos nosotros también. —Dice Caidan con una sonrisa amigable.

Hay cautela en sus ojos pero yo no me siento ofendida. Supongo que es una

situación de lo más extraña.

—¿Qué vamos a hacer? —Pregunto con angustia señalando a mi Compañero.

Ha dejado de sangrar, veo con alivio. Pero su estado aún me preocupa terriblemente.

Los hermanos se vuelven a mirar entre sí y Liam asiente a regañadientes. Beth está en la puerta mirando hacia la entrada de la casa y fingiendo que no está allí pero con un ojo puesto en mí, y yo agradezco que la mujer no me haya dejado sola con estos dos Lobos desconocidos.

—No podemos moverlo por ahora. Ya nos hemos arriesgado al moverlo desde el jardín. —Dice Caidan.

—Sus heridas sanarán en un día como mucho, y en unas horas estará fuera de peligro. —Añade Liam.

A mí me alivia tanto escuchar eso que mis rodillas se sienten débiles.

—¿Entonces se queda? —Pregunto con esperanza.

Una parte de mí se retuerce cuando piensa en que se lo pueden llevar de mi lado, en que tienen derecho a ello.

No puedo ni quiero apartarme de él mientras está así. Mientras una parte de mí siente que me necesita.

Liam asiente, aunque no se le ve contento con la decisión. Lanza una mirada contrariada con el ceño fruncido a su hermano Lobo tendido en el suelo y yo tengo el ridículo impulso de interponerme entre él y mi Compañero, a pesar de que mi instinto me dice que el hombre no es peligroso para ninguno de los dos.

Veo a Caidan sonreír con diversión en sus ojos cuando me mira, como si pudiese leer mis pensamientos, y me siento un poco ridícula.

—Gracias por ayudarlo. —Digo en un impulso para llenar el silencio.

Liam resopla.

—Es nuestro hermano. —Refunfuña y yo me sonrojo de nuevo cuando pienso en que tienen razón y en que probablemente tienen más derecho a estar junto a él que yo.

—Ewan. —Dice Caidan con suavidad señalando a mi Lobo con la barbilla, quizá dándose cuenta de que probablemente no me sé el nombre de mi Predestinado. —Se llama Ewan.

*Ewan.*

Mi corazón se expande en mi pecho y una sonrisa involuntaria curva mis labios.

*Ewan.*

Mi Lobo. Mi Compañero. *Ewan.*

Lo repito en mi mente como si estuviese acariciando cada sílaba.

Oírlo me llena de calidez.

—Gracias. —Le digo agradecida y con honestidad, y él asiente y me sonrío de nuevo afablemente.

Caidan no es lo que uno habría imaginado que un Lobo puede llegar a ser. Con su rubio cabello y sus ojos azules y amables. Mi primera impresión de él es que parece paciente y dulce. Y, no sé por qué, también triste.

Liam, en cambio, luce exactamente como yo me habría imaginado que un Lobo luciría en su forma humana: alto, fornido, oscuro y serio. Tal y como describían a sus protagonistas las novelas que a mí tanto me gusta leer.

—¿Estás segura de que no te molesta que se quede? Si lo prefieres, podemos pagarte un hotel u otra vivienda y uno de nosotros podría quedarse con él aquí.

El pánico me cierra la garganta y niego con la cabeza con los ojos como platos.

Entiendo que Liam está intentando ser amable, pero quiero estar cerca de mi Lobo. De Ewan.

Pensar en él como mío de nuevo me hace sentir una oleada de posesividad.

—Quiero estar con él. Aquí. —Me apresuro a decir.

Ellos se miran entre ellos de nuevo y yo frunzo el cejo.

Es mi Compañero Predestinado, ¿no es así? No debería de resultarles extraño.

—Como quieras, muchacha. —Dice Liam, aunque no parece muy contento. —Las Leyes son las Leyes.

Yo le lanzo una mirada confundida a Caidan, que parece exasperado y lanza un suspiro poniendo los ojos en blanco antes de girarse hacia mí.

—Leyes de Cortejo. —Intenta aclarar el otro Lobo. —en nuestra cultura, las mujeres son las que deciden cómo proceder. Las que marcan las normas.

A mí eso no me aclara mucho pero asiento porque no quiero que me digan que me vaya o que se lo intenten llevar de aquí al final. Si ellos creen que yo soy la que debe tomar decisiones al respecto mejor para mí.

—Entonces, ¿qué tengo que hacer para cuidarlo? —Pregunto diciéndome a mí misma que ya buscaré lo de las Leyes más adelante en Internet.

Está claro que ellos no van a elaborar mucho al respecto.

Liam señala a Caidan con la cabeza.

—Él te explicará las cosas, yo tengo que volver a la casa. Tengo cosas que hacer.

Y se marcha sin más tras despedirse con un gesto de la mano. Yo parpadeo, confusa. Qué hombre más huraño y misterioso.

Lo oigo despedirse de Beth y desaparecer camino abajo y centro mi mirada expectante en el hermano más cordial.

—Perdónalo. —Me dice él riéndose entre dientes. —Nunca ha sido el más sociable de la familia.

Yo me encojo de hombros restándole importancia.

—No pasa nada. ¿Quieres una taza de té?

Es entonces cuando recuerdo mis modales.

Con una sonrisa, Caidan asiente, y nos pasamos la siguiente media hora bebiendo té mientras él me explica con detalle los cuidados que su hermano necesita.

—No tienes que hacer mucho. Sanamos bastante bien solos. Basta con que vigiles que no se quite la vía.

Yo me siento mucho más tranquila ahora que sé que Ewan va a estar bien.

Cuando Caidan y Beth se marchan (esta última diciéndome que la llame a cualquier hora si necesito ayuda en algo), y me quedo a solas con Ewan, no puedo evitar que mis pasos me lleven de nuevo a su lado.

Me siento en el suelo junto a su enorme cuerpo de Lobo y apoyo suavemente mi cabeza en el costado que no está herido, cerrando los ojos y sintiendo su pelaje y su respiración acompasada contra mi mejilla.

Su corazón late despacio pero acompasado.

Ni siquiera me doy cuenta cuando me quedo dormida.





# 4

## Ewan

Lo primero que me saluda al despertarme es el delicioso olor de mi Compañera.

Su presencia me envuelve como un manto que me inspira tranquilidad y paz interior.

Puedo sentirla contra mi costado. Acurrucada con su cabeza contra mi pelaje.

Por unos instantes, todo lo que siento es paz.

Como si todo estuviera bien en el mundo. Como si todo fuera perfecto.

Mi necesidad de reclamarla como mía sigue ahí, en el fondo de mi mente. El anhelo por seducirla. Como una voz persistente e intrusiva. Pero mi lado protector, el que necesita verla feliz y a salvo, está en calma. No quiero despertarla.

Parece tan cansada.

Giro la cabeza lentamente para no moverla mucho a ella y despertarla sin querer y fijo mis ojos en mi Compañera.

Tan bella.

Tenerla allí, pegada a mí, es todo lo que quiero en el mundo. Ni siquiera noto que estoy moviendo la cola como un estúpido perro feliz hasta que ella suelta un suspiro y abre los ojos, parpadeando para adaptarse a la falta de luz diurna.

Es de noche y las estrellas son lo único que ilumina la estancia.

Mi cola la ha rozado y la ha despertado, justo lo que yo no quería hacer, y yo me enfado conmigo mismo por molestarla.

No puedo controlar el impulso que me incita a acercar mi rostro más a ella y lamer su rostro.

Ella se ríe y yo ronroneo como un maldito gato y muevo la cola con más

ahínco.

La mayoría de mis heridas han desaparecido y puedo moverme sin problemas. Obra del milagro del potingue que ha traído Caidan, seguro. Ya he dejado de sangrar, cosa que es siempre una buena señal.

—Estás despierto. —Su voz es tan hermosa.

Como toda ella.

Dulce y encantadora y más hechizante que nada que haya escuchado jamás.

Me concentro en sentir cada uno de mis músculos y huesos. Están sensibles, pero en orden.

Quiero Cambiar de vuelta a humano a pesar de que mi lado Lobo protesta por ello. Mi bestia quiere pasar más tiempo con mi Compañera.

Quiere jugar con ella y lamerla de arriba abajo.

Y montarla.

Jodido animal.

Ella se aparta y estira los brazos por encima de la cabeza y yo miro hipnotizado la redondez de sus pechos apretados contra la tela de su vestido.

Mi Lobo está empezando a tener una erección.

Mierda.

Girando la cabeza, muerdo las vías y me las quito sin miramientos esperando sin éxito que el dolor me ayude a centrarme.

—Empieza a hacer frío. —Dice mi preciosa Compañera, y se gira a mirar la chimenea que hay frente al sofá al otro lado de la habitación con consideración. —Quizá debería intentar encenderla, pero nunca he tenido una chimenea así que no sé muy bien cómo hacerlo. ¿Se debe usar papel?

Ella está hablando sola más que conmigo y a mí me parece un hábito adorable. Adoro escuchar el sonido de su voz.

Se levanta con un gruñido adormilado y camina hacia el interruptor de la luz, haciendo que ambos parpadeemos para adaptarnos a la luz amarilla de la bombilla antes de acercarse a la chimenea, y yo decido que es el momento perfecto para volver a ser humano y dejar que me vea en toda mi gloria.

No hay un ápice de mí que se sienta avergonzado. Todo lo contrario, *quiero* que me vea.

Que sepa que cada centímetro de mí le pertenece.

Mi cuerpo de Lobo se levanta sobre dos patas y mis músculos y huesos estallan bajo mi piel. En menos de diez segundos, soy un hombre de nuevo.

No soy un donjuán con cara de estrella de cine como Liam o Caidan.

Soy mucho más ancho de hombros, aunque no tan alto como los gemelos. Mi pelo es oscuro, mis ojos azules, y mi mandíbula cuadrada siempre está cubierta de barba que dejo crecer unos días hasta que encuentro las ganas de afeitarme. Si es que las encuentro.

Hombre de las cavernas, eso es lo que Aaron suele llamarme al bromear. *Lumberjack*.

Ella se gira a mirarme y yo soy incapaz de moverme.

Su grandes ojos se pasean por mi cuerpo y yo siento mi sangre reaccionar a la manera en la que me mira. Mi pequeña Compañera es posesiva. Eso me gusta. Hace que mi sangre se agite en mis venas.

Sus oscuros ojos se oscurecen aún más y yo gruño apreciativamente cuando se detienen sobre mi miembro excitado y el aroma de su deseo invade mis fosas nasales.

Ella se lame los labios resecos y yo tenso los músculos y plato mis pies firmemente en el suelo para no abalanzarme sobre ella y devorarle la boca con la mía.

La voz de Liam me viene a la cabeza en esos momentos y no dejo de pensar sobre esas estúpidas Leyes que mi hermano Alfa ama tanto.

Pienso en mi padre y en lo mucho que él querría que respetara las Leyes y costumbres de nuestro pueblo.

Pero, sobre todo, pienso en ella.

En mi Compañera.

Y no puedo evitar pensar en que quiero que ella me desee. Que me quiera en su vida. Que dé el primer paso y que marque las fronteras de nuestra relación.

Que me acepte.

En lo importante que su bienestar es para mí, tanto físico como mental.

Soy incapaz de dar un paso hacia ella a pesar de lo mucho que lo deseo.

A pesar de lo mucho que ansío probar sus labios y hundir mi rostro en el

valle entre sus pechos y mi lengua en su zona más íntima.

Y no me moveré hasta que ella indique que eso es lo que ella también quiere. Incluso aunque tenga que esperar años para poder rozar su piel.

Aunque ella me rechace (y cómo duele ese jodido pensamiento. Como si me estuvieran quemando vivo).

—Soy...Soy Natalie. —Dice ella con su suave voz.

Natalie.

*Natalie.*

Repito el nombre una y otra vez en mi mente.

Una sensación de calidez y ternura a la que no estoy acostumbrado se extiende desde mi pecho hasta el resto de mi cuerpo.

*Natalie.*

*Mi Natalie.*

—Ewan. —Me escucho a mí mismo decir en un ronco gruñido.

Mi voz suena hosca y áspera. No la he usado en varios días.

—Lo sé. —Ella se ruboriza y yo quiero pasarle la lengua por las mejillas y sentir el calor de su piel contra mi boca. —Tus hermanos me lo han dicho.

Sus ojos se desvían otra vez hasta mi miembro y yo contengo un gruñido y siento mi pene eruirse, aún más duro que antes.

Ella tiene un aspecto tan inocente.

Me hace querer verla retorcerse de placer debajo de mí. Me hace querer hundir mi lengua en su interior y probar sus jugos hasta que mi preciosa Natalie me suplique parar.

Beber de ella hasta poder sentir su sabor en mi lengua el resto de mis días.

—Tú también...

No sé lo que ella quiere decirme, pero está claro que es un tema delicado para ella. Mis ojos se elevan desde sus pechos y el escote de su vestido hasta su delicada y deliciosa boca.

Y pienso en que tengo muchas ganas de saber si mi tamaño cabrá en sus profundidades.

Sacudo la cabeza para concentrarme y despejar mi sucia mente.

Ella está intentando decir algo de nuevo.

—Quiero decir. —Mi Natalie cuadra sus hombros y se muerde los labios de nuevo, llena de dudas y preguntas. —Que tú también lo sientes, ¿verdad? No soy la única.

Sé lo que quiere decir.

—Compañeros. —Afirmo sin más.

Sé que ella lo entenderá. No lo he dudado nunca.

—Sí. —Ella sonrío y yo me siento responder con una sonrisa que se vuelve depredadora cuando los ojos de ella viajan de nuevo hasta mi pene y vuelven a subir por mi pecho.

Ella está haciendo un esfuerzo evidente para no mirar fijamente mi virilidad y a mí me resulta divertido.

No podría importarme menos si decidiese hablar conmigo con sus ojos fijos ahí precisamente.

Soy todo suyo.

Y las convenciones humanas nunca han sido lo mío. Nunca se me ha dado muy bien eso de seguir sus reglas de comportamiento.

Si ella quiere ojearme como si fuese un caramelo, mejor para mí. Eso, de hecho, me enorgullece y me llena de arrogante satisfacción masculina.

A mi Compañera definitivamente le gusta lo que está viendo.

—Yo... Ah. —Ella duda sin saber qué decir. Y yo sigo de pie en el mismo lugar. No puedo mover un solo músculo a pesar de lo tenso que estoy y de las ganas que tengo de saborearla, cada vez más intensas. —La verdad es que no sé qué se supone que debemos hacer ahora. Sé que hay un vínculo que debemos completar....

Se ruboriza una vez más y yo sonrío ladinamente. Está muy claro que ella *sí* que sabe qué se supone que debemos hacer a continuación. Pero también que siente vergüenza de decirlo en voz alta.

Quiero enseñarle a mi Compañera que no debe jamás sentir vergüenza en mi presencia por nada de lo que piense, sienta, necesite o diga. Quiero decírselo o comunicárselo de alguna forma.

Pero las palabras nunca han sido mi fuerte.

—Sí. follando.

Me maldigo cuando veo cómo se sobresalta.

Mierda.

Joder.

Esa maldita boca mía siempre habla antes de que mi cerebro dé la orden. Nunca he sabido pensar antes de hablar.

—Oh. —Mi Natalie tiene los ojos como platos y su tentadora boca entreabierta. —Bueno... Uh. ¿Sí? Es decir. Quiero decir, ¿si tú quieres...? Lo siento, no soy buena en esto. Lo que quiero decir es que me encantaría conocerte mejor. Si tú estás dispuesto a ello, claro. Imagino que esto debe de resultarte confuso...

Por un momento, no entiendo lo que me está diciendo.

Y entonces caigo en la cuenta de que ella ya se ha hecho a la idea de que nos pertenecemos el uno al otro y lo ha aceptado como tal y parte de la tensión en mí se desvanece.

El alivio me embarga.

—Sí quiero. —Mis palabras se sienten como una promesa para toda la vida.

Y lo son.

Ella sonríe y sus ojos se curvan en las comisuras en pequeñas arrugas.

Es una visión tan hermosa que el aliento se me atasca en los pulmones.

Aspirando una bocanada de aire para calmar sus evidentes nervios, mi Natalie da un paso hacia mí. Y yo contengo el aliento y soy incapaz de desviar la vista de ella. De este momento.

Ella alza una mano de manera dubitativa y me mira antes de apoyarla en mi pecho y rozar con sus dedos el oscuro vello que crece ahí, y yo intento decirle sin palabras que no debe jamás dudar a la hora de tocarme.

Que le pertenezco.

El tacto de su piel contra la mía es indescriptible.

Allí donde sus dedos me rozan, el calor se extiende en oleadas y mi piel se pone de gallina. Mi miembro empieza a gotear con interés cuando su mano desciende por mis abdominales y se detiene en mi abdomen, justo encima. El deseo de ella flota en el aire y su olor se mezcla con el de mi propia

excitación.

Podría hacerme adicto a este aroma.

*Quiero* hacerme adicto a ello.

—Puedo...

—Sí. —Le digo roncamente de manera tan apresurada que casi se me atragantan las palabras, y ella se ríe suavemente.

Sus ojos vuelven a curvarse en las comisuras y yo quiero acunar su rostro entre mis manos e inclinarme a besar cada milímetro de él.

Es tan hermosa.

Mi Natalie.

Mía.

Mi Compañera.

No puedo dejar de pensar en ello. De repetirlo como un mantra.

Su mano se apoya sobre la base de mi pene inflamado con timidez y a mí ese gesto es suficiente como para casi hacerme perder el control.

Aprieto las manos en puños y me clavo las uñas con fiereza en las palmas en un gesto que he visto hacer a Liam más de una vez cuando mi hermano ha estado a punto de perder el control de su Lobo.

El dolor me centra en el presente y empuja a mi bestia hacia el fondo de mi mente unos segundos más.

Natalie eleva la mirada pidiendo permiso en silencio y yo asiento y aspiro de nuevo una bocanada de su aroma.

Curiosidad. Deseo. Nervios. Anhelos. Posesividad.

Sus emociones me llenan los pulmones y la cabeza.

Sin poder contenerme ni un solo segundo más, levanto su barbilla con una de mis manos e inclino mi cabeza, tomando posesión de su boca con la mía.

El beso no es gentil ni suave. Es pasional, ardiente, posesivo y profundo. Quiero devorar su boca hasta que su gusto sea parte del mío. Consumirla y degustarla hasta que su sabor y su aroma se mezclen con los míos para siempre.

Mi lengua se cuela en su boca y hace un mapa de cada milímetro del interior



de su cavidad hasta que la tengo memorizada. Hasta que siento que necesita aire y me aparto lo suficiente como para que respire pesadamente y siento su aliento contra mis labios y mejilla.

Cuando la beso de nuevo, Natalie gime y se apega a mí cuerpo a cuerpo, pasando sus manos por mi cuello y aferrando mi nuca con fuerza.

Tiene que ponerse de puntillas para hacer eso y a mí su evidente deseo por mí me rompe. Los últimos vestigios de mi autocontrol se desintegran cuando siento sus pechos apretarse contra mí y su cuerpo se arquea presionándose contra mi piel.

Con un rugido apreciativo, la levanto de los muslos hasta que está subida a horcajadas en mis caderas y camino hacia el salón, sentándola en uno de los sillones orejeros frente a la chimenea.

Me aparto lo suficiente como para mirarla bien. Quiero memorizar ese momento para siempre.

Mi Natalie parece una reina sentada en su trono.

La reina de la lujuria y la belleza.

Su vestido está subido hasta sus caderas y puedo ver sus braguitas húmedas desde mi posición frente a ella. Sus mejillas están enrojecidas. Su pecho sube y baja rápidamente con su respiración agitada y sus pupilas están tan dilatadas que sus ojos parecen negros.

Caigo de rodillas frente a ella y pongo las manos sobre sus muslos, abriéndolos y apartando aún más el vestido hasta que tengo una vista clara y perfecta de su centro cubierto por su ropa interior.

Cuando me inclino a besar la tierna piel de sus muslos, Natalie da un pequeño grito femenino que me hace hervir la sangre y enreda sus dedos en mi pelo, claramente sin decidir si quiere acercarme aún más a ella o alejarme de sí.

Yo paso la lengua por su ingle y hundo mi nariz en su centro, frotándola contra la tela húmeda de sus bragas y aspirando su olor íntimo con un ronroneo más propio de un gato que ha logrado comerse la nata que de un Lobo.

Ella gime y siento su sexo temblar y humedecerse aún más, y yo abro la boca y presiono la lengua para probarla, moviéndola contra su abertura hasta que empieza a temblar contra mí de nuevo y sus manos se vuelven frenéticas contra mi pelo.

Me gusta que pierda el control. Me gusta que tire de mi pelo y gimia de anticipación y placer.

Podría pasarme así el resto de mis días: arrodillado frente a ella y con mi boca hundida en los pliegues de su sexo.

Excepto por las malditas bragas. Son una barrera que se me hace intolerable.

Mis manos hacen un trabajo rápido rompiendo las costuras de sus braguitas de algodón y tirándolas al suelo sin miramientos, levantándola de los muslos sin esfuerzo para quitárselas con mayor facilidad.

Natalie apoya una de sus manos contra mi hombro y gimotea abriendo más los muslos para mí sin que yo se lo pida y ofreciéndose a mí. Está tan abierta y mojada para mí.

Fascinado por los enrojecidos e inflamados pliegues de su centro, cuelo mi mano derecha entre sus muslos y presiono mi pulgar contra su clítoris y con el resto de mis dedos aparto suavemente los labios de su sexo dejando a la vista su húmeda cavidad.

Elevo la vista y veo que ella parece enfebrecida y tiene los ojos clavados en lo que mis dedos hacen contra su sexo. En la manera en la que se mueven contra su zona más íntima, y siento un gruñido posesivo crecer y retumbar en mi pecho.

Mis dedos se mueven cada vez con mayor firmeza y rapidez, y yo devoro cada una de sus reacciones, aprendiendo qué es lo que le gusta y cómo le gusta sin dejar de mover mi pulgar en círculos contra su clítoris.

Con cuidado, introduzco uno de mis dígitos en su sensible interior y la escucho y la veo gemir y lloriquear de necesidad cerrando los ojos y dejando caer la cabeza sobre el respaldo del sillón.

Es una imagen que no olvidaré en la vida.

Nunca he visto algo tan hermoso ni me he sentido más completo que en esos momentos: allí, con mi compañera abierta y entregada a mí, confiando en mí para cuidar de ella, para darle placer. Sentada en el sillón como la reina que es y yo arrodillado frente a ella con mis dedos hundidos en su interior.

Inclino mi cabeza y mordisqueo sus pezones a través de la tela del vestido mientras acelero los movimientos de mis dedos contra su centro y la siento temblar antes de que su orgasmo la haga perder el sentido del tiempo y el espacio.

Me siento orgulloso de ver su placer y de sentir su gozo estallar contra mis sentidos.

Mi olfato se llena de su éxtasis, mis dedos se mueven aún contra su sexo y se manchan con sus jugos produciendo sonidos húmedos y lascivos al moverse en su interior, y mis ojos se llenan de la visión de ella con el rostro contraído de puro gozo.

Soy un bastardo codicioso.

Quiero más.

Quiero verla llegar a la cima una y otra y otra y otra vez hasta que no pueda más.

Y quiero degustar su sabor cuando lo haga. Beber de ella como si su esencia fuera ambrosía.

Hundir mi lengua en su interior y sentir su orgasmo contraer sus paredes y sus músculos sacudirse de placer contra mi boca.

Así que eso mismo es lo que hago.

Nunca he sabido controlar muy bien mis impulsos.

Apartando mis dedos y haciendo caso omiso de las protestas incoherentes de mi Compañera, le apoyo una mano en el muslo y con la otra empiezo a bombear mi pene una vez pongo mi boca en ella, incapaz de aguantarme.

Natalie clava sus uñas contra los reposabrazos del sillón y me mira con ojos delirantes y asombrados. Como si no esperase algo así de mí.

Y yo pienso que será un placer para mí hacerla entender lo mucho que me gusta saborearla aunque tenga que hacerlo todos los días el resto de mi vida para que ella lo comprenda.

Me imagino pasar así cada mañana, saludando así cada día el resto de nuestras vidas: con ella sentada en el sillón y yo arrodillado frente a ella con mi cara hundida en su coño, y me pongo tan cachondo que tengo que sujetarme de la base y apretar dolorosamente para no correrme ahí mismo.

No aún.

Mi lengua traza sus pliegues y presiona rítmicamente contra su clítoris hasta que ella empieza a jadear y gemir y temblar de nuevo y yo canto victoria cuando la siento cerca de un nuevo orgasmo.

Pero, cuando alcanza la cima una segunda vez, siento que eso aún no es

suficiente.

Sus jugos gotean por mi barbilla y yo limpio lo que puedo con mi lengua, degustándola. Y vuelvo a hundir mi lengua en ella una vez le he dado el tiempo suficiente como para recuperarse.

Ella me clava las uñas en el cuero cabelludo y suplica de manera incoherente que la monte y la llene, pero yo aún quiero más.

El tercer orgasmo no tarda en llegar, y mi Natalie se deja caer en el sillón como si no tuviera fuerza suficiente en los músculos como para soportar su propio peso, repentinamente adormilada.

Solo entonces beso sus muslos con reverencia y limpio sus jugos de mi barbilla con el antebrazo antes de inclinarme a besarla con dulzura en los labios.

Ella gime contra mi boca y la abre apoyando una mano en mi nuca y yo mordisqueo sus labios y paso mis manos por su cintura, alzándola del sillón y tumbándola suavemente en el sofá de al lado, que es mucho más grande y cómodo para ella.

Ella intenta desabrocharse los botones del vestido, cualquier rastro de modestia que pueda haber tenido olvidado ya, y yo aparto tiernamente sus manos y la desnudo con cuidado, descubriendo y besando cada centímetro de su piel con devoción.

Cuando está desnuda me mira con una sonrisa cansada pero llena de afecto y deseo y yo siento mi corazón expandírseme en el pecho con calidez y ternura y pienso que jamás en la vida le fallaré a esta mujer.

Y juro en silencio que seré el mejor Compañero que cualquiera pueda desear.

La beso. Y esta vez el beso es lento y dulce. Está lleno de toda la ternura y la devoción que no sé cómo expresar en palabras. Acuno su rostro en mis manos y beso sus mejillas, sus párpados, su frente y su boca de nuevo.

Me siento lleno de emociones tan inmensas que se tragan todo aquello que soy y que pintan y tiñen todo aquello que siento por esta increíble mujer que el destino ha traído hasta mí: agradecimiento, ternura, cariño, devoción, reverencia, amor y pasión.

Doy gracias en silencio al universo por ello. Por este momento y todos los momentos junto a ella que estén por venir.

No es propio de mí ser tan suave, pero en esos momentos no siento nada que no sea amor por Natalie, y eso me reblandece de una manera que nadie ha logrado jamás.

Trazo un camino con mi lengua desde su boca hasta su pecho, dejando rojas marcas en la piel de su cuello y capturando uno de sus pezones en mi boca. Mordisqueo, chupo, acaricio con mi lengua y soplo sobre él hasta que estoy satisfecho con su rojez y su dureza y entonces hago lo mismo con el otro.

Natalie suspira y gime con languidez y acaricia mi espalda con sus dedos haciéndome temblar.

Sus piernas se abren para acomodar mis caderas entre ellas cuando me posiciono sobre ella y yo cojo uno de los almohadones y lo pongo bajo sus caderas para mejorar el ángulo y que le sea más cómodo.

Continúo besando sus pechos mientras abro con una de mis manos sus pliegues íntimos y con la otra guío mi miembro hasta que estoy en posición perfecta para penetrarla.

Lo hago con suavidad a pesar de que siento que voy a morir incinerado por el deseo de montarla como la bestia que soy en realidad.

Quiero que este momento sea perfecto para ella.

Una vez estoy totalmente envainado en su interior, no puedo evitar jadear contra el valle de sus pechos y me muerdo la lengua para contenerme cuando ella clava sus uñas en mis hombros y pide con voz ronca que la cabalgue y eleva las piernas hasta enredarlas en mis caderas, haciendo fuerza con sus pantorrillas y pies para acercarme aún más a ella.

Yo cumplo y empiezo a moverme, sintiendo cada músculo de mi cuerpo tenso y lleno de espasmos con la fuerza que hago para contenerme.

Procuró que sea suave y lánguido y que ella se acostumbre a tenerme dentro antes de empezar a moverme con mayor rapidez, y la escucho jadear y murmurar mi nombre con la cara escondida en mi cuello.

La habitación está iluminada por el brillo amarillo de la lámpara del comedor y pinta su piel en tonos cálidos y yo pienso en la primera vez que la vi.

No puedo creer que haya sido ayer mismo. O cuando haya sido, porque no tengo idea de qué tiempo es ni de cuánto he dormido.

Tan bella. Tan cálida.

Mis caderas aceleran y la habitación se llena del sonido de nuestros jadeos y gemidos. Ella es lo único que soy capaz de oír. Que soy capaz de sentir.

Siento su espíritu tocar el mío cuando su cuerpo se convulsiona con un nuevo orgasmo, mucho más intenso y más prolongado que los anteriores, y el mío responder en consonancia cuando alcanzo mi propia cima y fusionarse con el de ella.

No soy tan espiritual como Duncan pero siempre he estado más en contacto con mi lado animal que otros de mis hermanos y no es difícil para mí percibir nuestras esencias mezclándose, Emparejándose, en ese mismo instante.

Es una sensación indescriptible.

La intensidad del momento es tal que no puedo dejar de temblar y me muerdo de nuevo la lengua antes de darme por vencido y soltar un rugido de placer que sé que no suena nada humano pero que no puedo contener.

Ella, sin embargo, no está asustada.

Natalie grita y gime y se arquea contra mí, aceptando todo lo que soy y ofreciéndome todo lo que es ella.

Mi Compañera.

Mi destino.

Beso su rostro de nuevo. Sus mejillas, su frente húmeda de sudor, sus labios, y la siento reír dulcemente en respuesta a las endorfinas y a la intensidad del momento contra mi boca, llena de felicidad. Siento su amor y su posesividad y su alegría en cada poro de mi cuerpo.

En mi misma alma.

Ella abre los ojos y me mira y yo me pierdo en sus profundidades.

Nuestros espíritus y cuerpos están conectados. Unidos.

Y yo sé que por fin estoy donde debo estar y soy lo que siempre debería haber sido.

A su lado.

Su Compañero.



# 5

## Natalie

Me despierto con la cálida luz del sol iluminando mi rostro y mis labios se curvan en una sonrisa en cuanto abro los ojos.

El reloj digital que hay en una de las mesitas dice que es más de mediodía, pero yo no siento ningunas ganas de moverme.

Ewan está tendido a mi lado.

Mi Lobo tiene uno de sus brazos sobre mi cadera y el otro encima de mi cabeza con sus dedos enredados en mis rizos, y su ancho y musculoso pecho está pegado a mi espalda. Su vello me hace cosquillas y yo sonrío aún más ampliamente contra la almohada.

Por unos instantes, vuelvo a cerrar los ojos y disfruto de este momento de perfecta paz.

Anoche hicimos el amor dos veces más antes de caer rendidos sobre la cama después de arrastrarnos al piso de arriba.

O, antes bien, después de que mi apuesto Lobo me cargara al piso de arriba, ya que mis piernas estaban demasiado débiles como para poder caminar.

Me sentía, y todavía me siento, como si estuviese flotando en una nube.

Nunca pensé que esto pudiera pasarme.

Cuando soñaba de niña con un amor eterno y leal, una parte de mí siempre me decía que eso no existía. Que era imposible.

Y cuando supe de los Compañeros Predestinados y empecé a soñar despierta y a leer novelas románticas y eróticas sobre ello, jamás creí que yo pudiera ser la protagonista de un amor como este.

Pero lo soy.



Y Ewan es el hombre más guapo y más dulce que he conocido jamás.

Me llena de una alegría indescriptible el solo pensar en él y siento que de verdad el destino nos ha elegido el uno para el otro.

Soy incapaz de dejar de sonreír como una boba incluso aunque las mejillas me duelen por ello.

Siento que no puedo esperar a ser una Loba en toda regla. A poder correr con él a mi lado por el bosque y aullarle a la luna juntos.

Me recorre la excitación. Como si estuviese a punto de empezar la aventura de mi vida.

Quiero hacerle millones de preguntas a mi Compañero. Saberlo todo de él y que él lo sepa todo de mí.

Me muerdo los labios preocupada cuando lo escucho gruñir en sueños.

Anoche no pudimos dejar de tocarnos. Era adictivo.

Y sé que hacer el amor con él para mí va a ser siempre algo maravilloso. Algo inesperado, porque nunca pensé que pudiera disfrutar tanto de mi propia sexualidad tras tantas frustraciones.

Pero también me preocupa que hayamos cruzado una línea con su salud y que él no haya dicho nada para no preocuparme.

Recuerdo que cuando lo encontré apenas un día atrás él estaba herido y se me encoge algo en el pecho.

Con cuidado, me giro para estar frente a frente con él y paso las manos con suavidad por su cuerpo.

Un instinto que yo ni siquiera sabía que poseía me dice que sus heridas han sanado pero que todavía están tiernas y que necesita descansar más, así que decido dejarlo dormir un poco más y, no dispuesta a abandonar aún la calidez de su abrazo, me acurruco contra su pecho y cierro los ojos para intentar dormir un rato más tras un bostezo de agotamiento.

El día puede esperar un poco más.



# Epílogo I

Natalie

*Diez meses después...*

El tiempo pasa volando, pienso mientras miro a mi Compañero y esposo charlar con mi padre y a su hermano Aaron hablar con mi propio hermano mientras los cuatro pintan la fachada de la casa juntos.

Los escucho a todos reír por algo que mi hermano dice en tono bromista y no puedo evitar sonreír yo también.

Me siento feliz. Plena.

En casa.

Ewan y yo decidimos comprarle la casa en la que nos encontramos y enamoramos a los Kent unos meses atrás y yo estoy más feliz que nunca.

Nos pasamos el día cada uno centrado en su trabajo: él con su carpintería (fue curioso descubrir que vendía piezas artísticas de madera tallada online, y desde entonces se ha convertido en un hábito para mí el verle trabajar. Hay algo mágico en él siempre, pero en especial cuando está concentrado en una nueva pieza de madera, cuando sus dedos recorren cada recoveco antes de decidir qué es lo que quiere tallar en ella. Qué es lo que la madera le pide, como dice él) y yo con mi pintura, y nos va bastante bien.

Estoy en el jardín pintando y de vez en cuando me giro a mirar a mi marido y a mi padre y hermano trabajar juntos.

Me sorprendió lo bien que se lo tomó papá, pero supongo que la manera en la que Ewan me mira y el hecho de que fuéramos Compañeros Predestinados debió de haber ablandado un poco su corazón sobreprotector.

Mi padre siempre ha tenido mejor opinión de los Cambiantes que de los humanos. Siempre me ha dicho que son más honorables, más honestos, y aceptar a Ewan en la vida de su hija imagino que debió de haber sido más fácil para él con esas creencias.

Para mi tío, en cambio, ha sido un poco más difícil. Pero es comprensible. No tiene hijas y soy su única sobrina (y su favorita). Pero sé que eventualmente el tío Eamon también se abrirá a mi Compañero.

Cada día descubro más de él y cada día me sorprendo de lo buenos que somos el uno para el otro y lo bien que encajamos.

El destino es algo curioso.

—¿Necesitas más pintura? —Escucho a mi hermano preguntar y a mi Compañero responder afirmativamente y me centro de nuevo en mi propia pintura.

Mi madre ha estado preguntando por nietos, pero Ewan y yo hablamos del tema hace tiempo, y aún lo hacemos de vez en cuando, y ambos estamos de acuerdo en que no sentimos ni prisas ni ansias por tener hijos, y que de hecho ni siquiera sabemos todavía si queremos o no ser padres.

Por ahora, y quizá para siempre, estamos bien como estamos: el uno con el otro. Con nuestras vidas entrelazadas y disfrutando de nuestra mutua compañía y de nuestras noches de corretear por el bosque en forma de Lobo.

Sonrío una vez más sintiendo la excitación en la boca de mi estómago.

Esta noche es especial.

Marca seis meses desde la primera vez que Cambié, y hemos decidido celebrarla durmiendo juntos bajo la luz de la luna mirando las estrellas y disfrutando de su belleza.

Mi vida es mágica y mejor de lo que jamás me habría atrevido a soñar y no la cambiaría por nada ni nadie.

Siento que todo es perfecto tal y como es: con Ewan a mi lado, un pincel en mi mano, y mi familia y la suya rodeándome y viniendo a vernos los fines de semana que pueden hacerlo.

Cuando miro al futuro, nos veo envejeciendo juntos, siendo felices juntos y acompañándonos el uno al otro, apoyándonos mutuamente como si fuéramos dos piezas de un puzzle que encajan a la perfección.

No necesito más.

Todo en mi vida es tal y como siento que debería ser.

Estoy en casa.



# Epílogo II

Duncan

*Un mes después...*

El bosque está tenso.

Lo siento en cada hueso de mi cuerpo. En cada músculo.

Es como una pesadez que se asienta sobre mi cuerpo y presiona contra mis nervios y sentidos.

La agonía es diferente de la habitual, pero también parecida.

Y yo sé que tiene algo que ver con mi Compañera y mi espina duele cuando una corriente eléctrica nerviosa la recorre.

Mi cuerpo de Lobo aúlla a los cielos pero, en vez del habitual aullido de soledad, de mi pecho surge un sonido de pura agonía. De rabia.

Mi Compañera está en peligro.

Lo siento en el aire. En mis huesos. En mi espíritu.

Y está cerca.

Ella está cerca y me necesita.

Mis patas están corriendo antes de que mi cerebro pueda dar la orden. Mis zancadas se comen el terreno a pasos agigantados.

Estoy cerca.

Cuando irrumpo en el claro del bosque con la rabia y la preocupación en mis venas solo hay un pensamiento en mi mente: *proteger*.

Proteger y eliminar cualquier peligro que se atreva a acercarse a ella.

En esos momentos no soy hombre, ni animal: soy bestia.

Y mi bestia tiene sed de sangre.

## **Sobre la autora**

Marta Guinart, autora de *El renacer de Olivia Carter* y LOBA, entre otros, escribe sus novelas de romance paranormal y erótico bajo el seudónimo T. N. Hawke tanto en inglés como en español.

Otros libros que ha publicado son:

### **Paranormales y eróticos**

- *LOBA de T. N. Hawke*
- *Romances Eróticos Paranormales Vol. I de T. N. Hawke*
- *SEIZE THE NIGHT by T. N. Hawke*
- *Reclamada por su Alfa (Los Lobos de Green Valley nº1) de T. N. Hawke.*

### **Novela romántica contemporánea**

- *El renacer de Olivia Carter de Marta Guinart*

**Descubre más de esta autora en Amazon.**

[amazon.com/author/tnhawke](https://www.amazon.com/author/tnhawke)

[amazon.com/author/martaguinart](https://www.amazon.com/author/martaguinart)

O dale a “seguir” en Amazon a su perfil para enterarte de las últimas novedades.

**Encuéntrela en Instagram**



@tnhawke

@deco\_hogar\_esp

**Lee más sobre los hermanos Wolf en Amazon y en Amazon Kindle Unlimited.**

**¡Gracias por leer!**